

MEJOR NO TE CUENTO



Marimén Ayuso
Ángel Elgue
Jordi Isern
Miguel Ángel Martín
Cecilia P. Menéndez
Socia Rico

MEJOR NO TE CUENTO

Seis relatos de:

Marimén Ayuso

Ángel Elgue

Jordi Isern

Miguel Ángel Martín

Cecilia P. Menéndez

Sonia Rico

Índice de contenido

[Presentación](#)

[Prólogo](#)

[Receptor universal](#)

Marimén Ayuso

[Aáa](#)

Ángel Elgue

[Amores locos](#)

Jordi Isern

[Estadísticas](#)

Miguel Ángel Martín

[Muerte dulce](#)

Cecilia P. Menéndez

[Zonas Sensibles](#)

Sonia Rico

[Agradecimientos](#)

Primera edición: Abril 2017

© Cassandra21 Editorial

www.cassandra21editorial.com

© Marimén Ayuso

© Ángel Elgue

© Jordi Isern

© Miguel Ángel Martín

© Cecilia P. Menéndez

© Sonia Rico

Diseño de cubierta:

©Diseño Cassandra21 Editorial

Fotografía cubierta:

© Valeria Cardona

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Presentación

La idea surgió de las tres mujeres del grupo. Las tres, alumnas de la Escola d'Esriptura, estaban tomando café bajo las palmeras del patio del Ateneu Barcelonès cuando empezaron a hablar sin querer de temas de los que no se hablan, no se dicen, no se confiesan. Cecilia, una mexicana de sonrisa Chavela que escribe para conocerse, pensaba en una muerte cercana que acababa de vivir. Marimén, que irradia toda la suavidad de la que dicen carece la lengua que traduce, se imaginó trasfusiones extrañas. Sonia, a la que se le ocurren historias que nada tienen que ver con su trabajo, ¿o sí?, cavilaba si lo de ser madre sale a cuenta.

Unos días más tarde, antes de que una lluvia vespertina y otoñal les obligara a refugiarse en la cafetería, se encontraron con Jordi, cuentista alumno de la Escola. Le contaron en lo que estaban y Jordi, todo serenidad y sensatez, pensó en fantasías estivales de escritores en crisis. Se unió al grupo. Luego llegaron los ángeles. Un uruguayo que vive y trabaja en Barcelona, Ángel, se enteró por Sonia de lo que ya llamaban «Proyecto Tabú». Le vino a la cabeza el mayor de ellos; la palabra y los libros que las encierran. Se unió al grupo. Ya casi en Navidades, las tres mujeres se lo dijeron al otro ángel, también compañero de la Escola d'Esriptura. Miguel Ángel, un madrileño enamorado desde niño de Cataluña al que una multinacional trajo hace años a Barcelona, pensó en su madre, felizmente ingresada en una residencia, y aceptó.

Los seis formaron este grupo múltiple en generaciones, culturas y estilos. Los seis disfrutaban cuando se reúnen para confrontar ideas y ponerse al día de sus escritos. Alguno de ellos están en este libro que tienes entre manos y

al que Franco honró con su prólogo y Valeria con la foto de la portada.

Prólogo

En las primeras líneas de su célebre novela *Tu rostro mañana*, de Javier Marías, el protagonista nos conmina a “no contar nunca nada”, a evitar mostrar lo que puede dejarnos desnudos y callar aquello que nos deja en la intemperie. Mantener el silencio propicia el aislamiento a la vez que nos garantiza cierta protección, nos da cobijo en el ínfimo ecosistema de personas normales que habitamos. Porque el acto de contar, según Marías, genera un vínculo, otorga confianza, pero, al mismo tiempo, “raro es el vínculo que no se enreda o anuda”.

Entre esas verdades que suelen ocultarse están los tabúes, condiciones o prácticas que los convencionalismos –o el devenir de la Historia– han obligado a atesorar bajo siete llaves, impulsos que ponen en evidencia los más inconfesables instintos humanos. Los tabúes bosquejan una radiografía de nuestro yo más inhóspito, y es por esta razón que nos dejamos la piel para crear artilugios que mantengan el silencio sobre ellos.

Es aquí donde ha de intervenir la literatura. La buena literatura, la sincera, debe encargarse de dibujar ese yo para mostrárnoslo sin tapujos ni buenismos, para forzarnos a contemplar nuestra identidad en su crudeza, para auscultarla y ponerla en duda. Cada vez que el tema de un texto narrativo es un tabú, el lector es forzado a enfrentarse al dilema sobre cuánto de eso prohibido tiene que ver con uno mismo: ¿me identifico con el irrefrenable deseo que invade al Gustav Von Aschenbach de *La muerte en Venecia*? ¿Siento compasión hacia el despreciable Humber Humbert de *Lolita*? ¿Qué hubiese hecho yo en el lugar de la protagonista de *La decisión de Sophie*? ¿Cuánto de esos personajes hay en mí?

Ante el dilema de contar o no contar, la buena literatura escoge siempre la primera opción. Es este el camino tomado por los autores que le dan forma a *Mejor no te cuento*, seis relatos que tratan de una manera muy personal diferentes temas a los que solemos darle vuelta la cara, o que comentamos bajo susurros por miedo al oprobio. Una antología que, con buenas dosis de atrevimiento, amplía el abanico temático de tabúes y define nuevas perspectivas de aspectos tan ancestrales como el vampirismo clínico, o de otros más representativos de los tiempos que corren como el rechazo al deseo de ser madre.

Abre el fuego Marimén Ayuso con "Receptor universal", un cuento de terror bien contemporáneo, ya que lo macabro irrumpe en la vida cotidiana de una forma lenta aunque sostenida –al mejor estilo de autoras como Shirley Jackson o Mariana Enríquez–, similar a una imperceptible inyección letal que da el toque de gracia cuando menos lo esperamos. Continúa Ángel Elgue con "Aáa", singular relato que explora el tabú hacia ciertos textos capaces de bifurcar el destino de la humanidad, y que nos trae ecos de "El informe de Brodie", de Jorge Luis Borges. En "Amores locos", de Jordi Isern, se plantea un tema que sonroja de sólo pensarlo: la zoofilia. ¿Hasta qué punto es censurable el amor más puro, tanto sexual como emocional, de un ser humano hacia un animal? Miguel Ángel Martín, por su parte, escarba en una paradoja que, quizás, alguna vez todos nos hayamos planteado: el rechazo hacia los ciudadanos improductivos. Jubilados, inmigrantes, desahuciados, mendigos, parados... ¿han de mantenerse ad infinitum con mis impuestos? "Vías", de Cecilia Pérez, nos presenta a un personaje que debe hacer de tripas corazón para asumir una de las decisiones más descarnadas a las que puede someterse ser humano alguno: la eutanasia. El abanico se cierra con "Zonas sensibles", de Sonia Rico, un cuento que nos invita a ponernos en la piel de una mujer que se arrepiente de haber sido madre. ¿Cómo enfrentar la vida ante una si-

tuación imposible de rectificar? ¿Es una mala madre? ¿Es antes una mala persona? ¿Cuál es el límite entre mujer y madre, si es que lo hay?

Ante la dicotomía de contar o no contar, estos seis autores cuentan: cuentan, muestran, sugieren y nos zaran-dean del hombro para sacarnos de nuestro territorio de confort. Nos plantan un espejo delante para que nos atrevamos a mirarnos sin miedo, para estar atentos por si se nos ponen rojas las mejillas. ¿Hemos de avergonzarnos si nos sentimos identificados ante los temas aquí planteados? Yo digo que no. Más bien, hemos de reflexionar. Reflexionar para entendernos. Entendernos para aceptarnos. Aceptarnos para reírnos de nosotros mismos. Tal es la propuesta de esta antología que, con pericia, buen hacer y un amplio cromatismo estilístico, funciona como un espejo entretenido y certero.

Franco Chiaravalloti
Marzo de 2017

Receptor universal

Marimén Ayuso

Matar al vecino del sexto no es una buena opción. Primero, porque Olaf es mucho más corpulento que Joana y, segundo, porque ella prefiere subir en ascensor con él. Cuando coinciden en ese espacio reducido de apenas un metro cuadrado, él nunca la incomoda, todo lo contrario, suele mitigar su obsesión de caer al vacío. Olaf la libra de esa pesadilla. A su lado, ni siquiera cabe el riesgo de estancarse entre dos plantas o de quedarse a oscuras. Él convierte el angustioso viaje del entresuelo hasta el quinto en placer, en una dulce distracción mientras ella le sonríe o le habla del tiempo. Del tiempo o del excesivo coste de la factura de la luz las veces que la portera cuelga algún aviso de la compañía eléctrica en la pared. Y todo por disimular. Porque Joana siempre disimula. Sobre todo ante Olaf, como si apenas tratara con él, cuando, en realidad, conoce sus gustos a la perfección. Por ejemplo, sabe de su pasión por Wagner. Lo escucha cada mañana desde la ventana de su baño, que comunica con la cocina de él. Lo oye desayunar con *Tannhäuser*, comer con *La Valquiria* y cenar con *Parsifal*. Sabe que adora el salmón fresco y que lo compra cada viernes al salir del gimnasio. Que solo se deja cortar su rubia y larga melena por José Luis, el peluquero más caro del barrio, y que nunca le deja propina. Por la mirilla le espía cuando sale de fiesta y controla desde el balcón si alguna noche regresa más tarde de lo habitual, y de sus pasos deduce cuántas cervezas se ha tomado de más. Joana lo conoce casi todo de él. A veces admite que hasta demasiado, porque tanto detalle es el mayor impedimento para llevar a

cabo su plan. Por eso le será mucho más fácil con Ursula e incluso con Carsten, porque ignora sus manías y desconoce sus secretos. Además, ninguno de los dos ejerce esa atracción animal sobre ella, ni sus brazos están recubiertos por esa pelusilla albina que logra dejarla sin aliento. Sobre todo cuando le abre la puerta del ascensor.

Joana había conocido a Ursula y a Carsten en la playa. La primera acababa de huir del frío polar de Alesund para hallar calor en las costas mediterráneas, y el segundo se había instalado en el Putxet porque adora las vistas nunca nevadas desde la terraza de su hogar. Ambos ya eran amigos cuando Joana empezó a intimar con ellos, aunque ella sospecha que son algo más. Su punto de encuentro es un chiringuito de la Barceloneta, el que abre primero, casi al amanecer. Los tres siempre coinciden cuando es temprano y, como aparte de ellos todavía no hay nadie más, suelen sentarse muy cerca uno del otro hasta que al final acaban compartiendo la misma mesa.

Joana cree que son unos candidatos perfectos para su plan. Tal vez Ursula se resistirá más que Carsten, porque su corazón parece frío, tanto o más que su ciudad del norte. En cambio, Carsten nunca protesta y siempre le da la razón, pero Joana intuye que es por su inglés. Lo habla mal y, cuando se pone nerviosa, peor. Eso complica y entorpece la conversación. Por eso Joana tardará aún unas semanas en convencer a los dos.

Con Olaf es diferente. Toda su relación con él es diferente. Cuando comparten el ascensor, no siente la necesidad de hablarle de su propuesta, ni siquiera se acuerda de ella. Mientras suben del primero al segundo, se deja cautivar por su mirada azulina; al llegar al tercero, se derrite ante lo que se imagina que esconden esos vaqueros ajustados, y en el quinto fantasea con chuparle los labios anchos, carnosos y tan sanguíneos; sin duda, lo que más le atrae de él.

Pero Olaf se limita a contestarle que sí, que realmente la subida de la tarifa eléctrica es abusiva o que hace mucho

calor, y eso es de muy mal gusto. Entonces ella deduce que «algo de muy mal gusto» debe de ser una traducción literal del sueco y acaba despidiéndose con un «Adjö» que aprendió en internet. Y antes de entrar en casa ya se arrepiente de no haberle contado su propuesta ni lo mucho que lleva estudiándola, y también de dejarle creer que solo habla del tiempo porque no tiene otros temas sobre los que conversar. Su impotencia la consume. Con lo valiente que se está mostrando con Carsten y, sobre todo, con Ursula. Entonces se dirige desesperada hacia la cocina, abre el congelador y, tras calentar un frasco en el microondas, se toma su ración diaria mientras abre la ventana del baño y espera las primeras notas de Wagner. Es lo único bueno de vivir sola: nadie sabe de su práctica oculta. Aunque a veces desea compartir su secreto con alguien. Pero no puede. Nadie lo entenderá. Al cabo de un rato, con el regusto del líquido espeso y rojo sobre la lengua, se acuclilla con los ojos cerrados y empieza a figurarse bella, alta, el cutis ártico, los ojos brillantes y los pechos *valquirios*. Se duerme balbuceando «*hej, hej, Olaf*» hasta que el frío del suelo o alguna corriente la despiertan y la devuelven a su verdad. Entonces se maldice por su rostro aceitunado, los ojos opacos que detesta porque uno es marcadamente más pequeño que el otro, y se rechaza aún más por su estúpida incapacidad de despertar el más mínimo deseo en Olaf.

Entonces sabe que nunca podrá compartir su secreto y que el tiempo apremia para cumplir su propósito. Curiosamente, es el momento en el que más duda. Porque matarlo desde luego no es una opción. Dejarlo con vida, tampoco.

Joana ha estado esperando toda la mañana ante el portal de su casa. El sol se filtra a través de la puerta acristalada y eso le disgusta. Aborrece el portal y el edificio y la monotonía del barrio. Solo vive allí por prescripción médica.

Sabe que Olaf ha ido a jugar al tenis. También sabe que suele quedar con un amigo suyo y que este casi siempre acaba perdiendo todos los sets. Muchas veces ha observado en secreto el juego de Olaf. Es rápido, tiene un buen saque y sus golpes de derecha son fulminantes. No le extraña; al fin y al cabo, Olaf es la perfección nórdica, con su cuerpo de roble y su inteligencia de hielo. Nunca pierde la compostura si falla alguna bola o si su amigo la lanza fuera de pista. Joana siempre desea que gane él porque eso le hace un poco más asequible cuando coinciden delante de casa o en el ascensor. En esas ocasiones no hablan del tiempo, y él le dedica una sonrisa o le susurra entre sus dientes níveos lo excitante que resulta jugar al tenis.

Joana es consciente de que cada vez le cuesta más ingeniar un encuentro casual. Teme que Olaf descubra sus maniobras. Además, está harta de esperarlo en el rellano o en la calle. Luego está la chismosa del cuarto que la aborda con preguntas. No sabe qué excusa dar o cómo justificar sus largas esperas. Es hora de llevar a cabo su plan. Hay prisa, pero no halla la manera.

Por fin ve llegar a Olaf. A medida que se acerca, nota su enfado. Eso significa que ha perdido el partido y que no será amable con ella en el ascensor. Observa cómo anda cabizbajo y aparta de una patada una botella del suelo. Está claro que ha perdido. Y Joana también. Una ocasión desperdiciada, una espera inútil. Antes de que Olaf alce la vista, ya ha recogido las bolsas y marcha precipitadamente en dirección contraria.

Al día siguiente, Joana madruga para ir a la playa. Tras ingerir el líquido recalentado de un nuevo frasco, se decide por un vestido de flores cuyo escote le disimula la falta de pecho. Escoge unas sandalias a juego y lamenta que no tengan más tacón. Busca el bolso y las gafas de sol y cierra la puerta de su casa. No se ha mirado en el espejo. Cada vez lo evita más. Pero sabe que eso tendrá su fin.

Ursula ha llegado antes que ella. Está sentada frente al mar absorta en su lectura. Lleva unos *shorts* y una camiseta a rayas. Se ha descalzado y el pie derecho está medio enterrado en la arena. En cuanto llega Joana, piden café con leche y tostadas para desayunar. No esperan a Carsten, que ahora suele llegar más tarde porque hace el trayecto desde su casa en bicicleta. Aunque el camino es de bajada, necesita más de media hora para alcanzar la playa. Además, siempre se da un baño refrescante antes de pedir su té verde y sus tostadas con miel. Joana es más de bocadillo de morcilla, incluso se permite una copa de tinto para acompañar, pero, a medida que se estrecha la amistad con ellos, acaba imitándolos y sustituye el embutido por tarrinas de mantequilla y mermelada de arándanos silvestres.

Casi han terminado con el desayuno cuando Joana acerca la silla a la mesa y, mirando a los ojos azulinos de Ursula, le susurra que necesita pedirle un favor. Ella se sorprende e instintivamente yergue su esbelto cuerpo. También ella es agraciada como Olaf, tal vez no tanto como él, pero sus rasgos finos y delicados componen una tranquila armonía, un justo equilibrio en su rostro que llama la atención. Por un momento, se imagina a Ursula junto a Carsten. La imagen de esa probable unión la irrita. Se siente excluida. Con rabia, se muerde el labio inferior, pero en seguida deja de hacerlo. No se puede permitir dar muestras de enfado, sino todo lo contrario: es el momento de ganarse a Ursula. Así que esboza una sonrisa, la que tantas veces ha estudiado ante el espejo. La misma que regala a Olaf en el ascensor y la que nunca triunfa. Pero no tiene otra.

Se centra en la rezagada reacción de Ursula.

—¿Qué favor? —pregunta ella sin ningún atisbo de acento en sus palabras. Lleva más de medio año estudiando castellano en una academia y ha mejorado desde que Joana la conoció. De eso hace un mes y medio, tal vez más.

Joana se acerca aún más a la mesa. El sol le da en la cara, lo que la obliga a entrecerrar los ojos. Ella sabe de sobra que eso le confiere un aspecto todavía más desproporcionado de lo habitual.

—Se trata de un niño. Está enfermo y su familia no tiene dinero para curarlo.

—Aquí la Seguridad Social maniobra bien. —Ursula pronuncia correctamente las palabras, pero no las domina con exactitud.

—Entiéndelo, mujer. Es un problema de papeles; tampoco tienen.

—Entonces tienen que ir al Ministerio de Inmigración.

—No pueden, Ursula, son ilegales. Llegaron en patera. Si ni siquiera te he hablado del plan. Sé comprensiva, escúchame, te lo pido.

—No, Joana, yo no quiero meterme en problemas. Hay leyes para el niño, las leyes ayudan. No me hables de ningún plan.

Joana frunce los labios. «Tan bella por fuera y tan mala puta por dentro», piensa. El niño necesita ayuda y ella se limita a recoger su rubia cabellera en una larga cola y exponer su rostro al sol. En ese momento llega Carsten. Está sudado y se disculpa por el retraso. Se seca la frente con una toalla. Es alto, tanto que parece más delgado de lo que es. Se quita la gorra y se despeina el cabello rubio con la mano. Llama al camarero para pedirle «lo de siempre», se desabrocha las bermudas, se quita la camiseta y, como ya lleva un bañador debajo, corre hacia el agua para darse un chapuzón. El sol brilla y a lo lejos el cielo matutino se funde con el mar.

Joana no abre la boca. Ursula tampoco.

Permanecen allí sentadas hasta el mediodía. Solo Carsten se levanta de vez en cuando para refrescarse. El sol pica y, a pesar del toldo del chiringuito, Joana se nota acalorada. Se despide de los dos y hace caso omiso a la repe-